INTRODUCCIÓN

El libro que tiene ante sí el lector recoge casi en su totalidad las comunicaciones presentadas al coloquio *Los americanistas. El nacimiento de una comunidad científica internacional en el último tercio del siglo* XIX celebrado en el madrileño Museo de América los días 8 y 9 de octubre de 2003. Esa iniciativa académica fue el colofón de una acción integrada franco-española que dos grupos de investigación del CNRS y del CSIC[1] llevaron a cabo en el bienio 2002-2003 para analizar la contribución de *savants* franceses y eruditos y polígrafos españoles al surgimiento de un nuevo campo científico durante la segunda mitad del siglo XIX, como fue el caso del «americanismo», disciplina de cariz histórico y antropológico que en aquella etapa inicial se dedicó fundamentalmente al estudio de la historia antigua de América y de las características culturales de las poblaciones nativas de ese continente. Y asimismo se inscribe en el proyecto de investigación BS02001-2341, «Ingenieros sociales. La construcción del método y el pensamiento antropológicos en Europa e Iberoamérica, siglo XIX», financiado por la Dirección General de Investigación del Ministerio de Ciencia y Tecnología, en el que tres colaboradores de esta obra han participado[2].

En efecto, la comunidad internacional de investigadores americanistas empezó a configurarse de una manera formal durante el último cuarto del siglo XIX mediante la organización cada dos años de congresos internacionales destinados fundamentalmente al estudio específico de la América preco-

[1] Esos dos equipos estuvieron integrados respectivamente por Jean-Pierre Chaumeil y Pascal Riviale y Leoncio López-Ocón y Fermín del Pino.

[2] Tal es caso de Jesús Bustamante, director del proyecto, Mónica Quijada y Leoncio López-Ocón.

lombina. El protagonismo franco-español en el momento fundacional de una nueva disciplina científica, que se desgajó del «orientalismo», fue evidente. Los cuatro primeros congresos se celebraron en Nancy (1875), Luxemburgo (1877), Bruselas (1879) y Madrid (1881), es decir en ciudades francesas, o de la Europa francófona, y en la capital española. Y puede considerarse que esa etapa inaugural culminó con la fundación de la Société des Américanistes en París en 1895, organización que contribuiría a dinamizar el desarrollo de ese campo de estudios en las primeras décadas del siglo XX.

Pero también es evidente que la construcción de ese saber americanista, deudor del «cientificismo» de la era del positivismo, tuvo una dimensión internacional que se concretó, entre otras manifestaciones, en la construcción de redes de comunicación científica transatlánticas. Desde el primer momento los congresos de americanistas tuvieron una clara proyección y dimensión internacional, de tal manera que la presencia de americanistas de otros países europeos y de los diversos estados de las Américas fue cada vez más nutrida y relevante. Por esta razón los organizadores del mencionado coloquio, embrión de este libro, convocaron a diversos colegas, especialistas de otras tradiciones de estudios americanistas, surgidas tanto en Europa, como en las Américas, donde, evidentemente, esos «saberes americanistas» —nacidos de preocupaciones intelectuales de un grupo de *savants* europeos, interesados en las antigüedades americanas y en el estudio de las características físicas y culturales de las sociedades amerindias—, tuvieron un paulatino e inevitable desarrollo como un instrumento de autoconocimiento. Hubo que esperar dos décadas para que se celebrase uno de esos congresos internacionales en el propio continente americano. Fue en 1895, fecha que a todas luces marca una línea divisoria en la construcción del «americanismo científico» contemporáneo, cuando se celebró el XI Congreso Internacional de Americanistas en la capital de la República mexicana. A partir de entonces y ya por más de un siglo se sucederían alternativamente sedes americanas y europeas en la organización y acogida de esas asambleas científicas. Indudablemente a partir de entonces se fortaleció una dinámica de trabajo que favoreció no sólo la consolidación institucional de ese campo de estudios en ambos continentes, sino también un robustecimiento del despliegue de las mencionadas redes de comunicación científicas trasatlánticas por las que circulaban informaciones, objetos, o controversias sobre interpretaciones diversas del pasado americano.

Pues bien, esclarecer diversos aspectos relacionados con la constitución de ese nuevo campo de estudios «americanistas» en el último cuarto del siglo XIX

fue la preocupación fundamental de los participantes en el mencionado coloquio celebrado en el Museo de América, germen de este libro. Las aportaciones y reflexiones de aquel coloquio y de este libro han girado principalmente en torno a cuestiones contextuales y epistemológicas y han versado fundamentalmente en torno a una cuádruple preocupación:

— determinar quiénes fueron los actores que construyeron la comunidad científica que se formó en torno a los mencionados congresos internacionales de americanistas;
— establecer las características de los objetos y lugares sobre los que se fundó ese nuevo campo de estudios en la era del positivismo;
— especificar el carácter híbrido de ese campo de estudios americanistas, que se benefició en su etapa fundacional de las aportaciones de diversas ciencias humanas como la filología y la antropología, y de una nueva concepción del pasado gracias al desarrollo de disciplinas como la arqueología y la historia;
— y evaluar la significación de las redes de comunicación que desplegaron esos pioneros para constituirse como una comunidad científica, que tuvieron un carácter trasatlántico, pues obligatoriamente sus integrantes tuvieron que crear pasillos culturales para trasladar entre ambas orillas del Atlántico sus ideas y prácticas científicas en caminos de ida y vuelta entre ambas orillas.

De este modo los contenidos del libro pueden dividirse en dos grandes bloques. Por una parte seis contribuciones se concentran en el análisis de los objetos, actores y lugares de ese nuevo campo científico que se fue construyendo durante la segunda mitad del siglo XIX. Y otras seis aportaciones analizan el carácter multidisciplinar y transnacional de ese campo científico, concentrando su atención en cuestiones tales como la importancia de las aportaciones de diversas disciplinas científicas, como fue el caso de la antropología, en el desarrollo del americanismo, y la capacidad que tuvieron esos pioneros del americanismo científico contemporáneo para desplegar redes de comunicación bicontinentales y transatlánticas dadas las características de sus objetos de estudio.

Así el primer bloque de aportaciones lo abre la contribución de Pascal RIVIALE, quien se centra en el hecho de destacar el papel que desempeñaron los objetos, sobre todo de carácter arqueológico, en la constitución de la comunidad científica internacional de americanistas, poniendo como ejemplo de ese hecho histórico el caso de las colecciones americanas que se formaron en Francia durante el siglo XIX. En un principio esos artefactos fueron objeto, sobre todo, de curiosidad intelectual generándose entonces una serie de

colecciones entre «amateurs» de curiosidades exóticas. Pero el desarrollo de nuevas ciencias humanas durante las primeras décadas del siglo XIX —como la etnografía, la antropología o la arqueología prehistórica— dio un nuevo estatuto a esos artefactos de las poblaciones amerindias: el de objeto de estudio. Una serie de instituciones museísticas —entre las que cabe destacar el museo de Historia Natural de París, el Museo Naval, el Museo de la cerámica de Sèvres, el Museo Americano del Louvre, y el Museo Etnográfico de Trocadéro—, y de sociedades científicas, como las sociedades de Geografía, de Antropología de París, y la sociedad de Etnografía, iniciaron un proceso de acumulación sistemática de esas colecciones y comenzaron a estimular su estudio metódico. Fue ese el contexto intelectual y social en el que se inscribe el desarrollo progresivo de los estudios americanistas a lo largo del siglo XIX, suscitándose desde entonces un deseo por parte de esos estudiosos por obtener un reconocimiento social e institucional de su campo específico de investigaciones. Las redes de contactos preexistentes en otros ramos del saber fueron utilizadas a menudo como una base inicial para establecer conexiones más especializadas y más organizadas formalmente, las cuales pudieron concretarse fundamentalmente en los congresos internacionales de americanistas y a través del desarrollo de la Société des Américanistes de París, creada en 1895.

Pascal MONGNE por su parte presenta y analiza la figura y la obra de Désiré Charnay (1828-1915). Este explorador, arqueólogo y fotógrafo realizó entre 1857 y 1897 numerosos viajes por diversas partes del mundo. En ellos realizó por lo menos 700 clichés, quizás un millar, gran parte de los cuales se han conservado en la fototeca del parisino Museo del Hombre, de donde han pasado a formar parte de las colecciones del Museo del Quai Branly. Fue, sin lugar a dudas, México el país que ejerció una particular fascinación en Charnay. En él llevó a cabo cuatro campañas —entre 1858 y 1860, entre 1864-1867 durante el gobierno del emperador Maximiliano, entre 1880 y 1882 y en 1886—, a lo largo de las cuales generó no sólo una singular colección de fotografías de las que se ofrece una selección en el texto y un inventario en un anexo documental, sino también de estampados y moldes. Todas esas colecciones le permitieron ir profundizando en el conocimiento de las antiguas civilizaciones mesoamericanas que transmitió en obras como *Les anciennes villes du Nouveau monde* de 1885 y difundir sus hallazgos arqueológicos resaltando la importancia de la cultura tolteca gracias a sus excavaciones en la ciudad de Tula. Aunque el crédito científico de Charnay disminuyó a partir de principios del siglo XX, es indudable, según muestra Mongne, que la obra de Charnay

tuvo una considerable importancia en la construcción de una imagen del pasado mexicano en las décadas finales del siglo XIX, a la que intentó fijar en un registro de pretensiones naturalistas.

Otro de esos pioneros del americanismo europeo en las décadas centrales del siglo XIX es Florencio Janer Graells (1831-1877), de cuya trayectoria intelectual y aportaciones a los estudios americanistas da cuenta Paz CABELLO en su contribución a este volumen. Janer es conocido por ser autor de diversas obras históricas y literarias, características de la historiografía romántica liberal del reinado de Isabel II, algunas de las cuales han sido reeditadas recientemente, pero la dimensión americanista de su obra es prácticamente desconocida. Y sin embargo, desde que en 1859 fue nombrado archivero del Museo de Ciencias Naturales de Madrid, cuya dirección ostentaba su familiar Mariano de la Paz Graells, realizó una significativa labor como estudioso de las colecciones reales que custodiaba esa institución, procedentes la mayor parte de ellas de las grandes expediciones científicas españolas que fueron al continente americano durante el siglo XVIII. Como resultado de la tarea que ejerció como conservador de esas colecciones elaboró un catálogo que se conserva actualmente en el archivo del Museo de América titulado *Historia, descripción y catálogo de las colecciones histórico-etnográficas, curiosidades diversas y antigüedades conservadas en el Museo de Ciencias Naturales de Madrid. 1860*, y cuyos contenidos se analizan pormenorizadamente en esta contribución. Pero sus conocimientos de esas colecciones histórico-americanas los dio a conocer sobre todo en una serie de colaboraciones que hizo en la publicación denominada *Museo Español de Antigüedades*, revista de gran formato, que se editó gracias al empeño de Juan de Dios de la Rada y Delgado entre 1872 y 1882[3]. En esa publicación, de esmerada impresión, se dieron a conocer los principales tesoros del Museo Arqueológico Nacional, recién fundado en 1867, e institución a la que fueron a parar gran parte de las colecciones histórico-americanas que había custodiado el Gabinete de Historia Natural. Janer aparece así ante nuestros ojos como el primer conservador de museos español, cuando este cuerpo de especialistas aún no había sido creado, y como un defensor del patrimonio histórico artístico español, en el que el cuidado y estudio de las colecciones americanas empezó a ser tomado en consideración. Ahora bien la dimensión política de las actividades de Janer, que le llevaron a ejercer diversos cargos a finales del reinado de Isabel II, así como su falleci-

[3] Existe un índice general bibliográfico de esa obra realizado por Gregorio Callejo y Caballero en 1889.

miento antes de cumplir los 50 años, limitaron el impacto y alcance de sus contribuciones americanistas.

Sería, sin embargo, un conocido de Janer, como fue el caso del naturalista, geógrafo e historiador Marcos Jiménez de la Espada (1831-1898), discípulo predilecto de Mariano de la Paz Graells, quien diese un impulso definitivo en la sociedad española del último tercio del siglo XIX a los estudios americanistas. Jean-Pierre CHAUMEIL, en su contribución, analiza una faceta poco estudiada de la obra de ese americanista, aquella que concierne a sus actividades como amazonista. La falta de curiosidad por esta dimensión de la obra de ese americanista no deja de ser sorprendente dada la importancia que tuvo su experiencia amazónica en el desarrollo de su trayectoria intelectual y profesional. El examen de las actividades emprendidas por Jiménez de la Espada en ese campo de estudios, que le llevaron a intensificar los contactos con diversos investigadores, mayoritariamente europeos, es instructivo para entender la manera en la que se formó un saber científico sobre la Amazonía en el último tercio del siglo XIX. En su contribución Chaumeil se propone ilustrar este proceso mediante una aproximación a tres debates protagonizados por algunos de los pioneros de los estudios amazonistas. Se abordan de esta manera las controversias habidas entre Jiménez de la Espada y el británico Markham, entre el chileno José Toribio Medina y el mismo Espada, y se da cuenta de algunos de los intercambios en torno a cuestiones amazónicas que se produjeron en el marco de los primeros Congresos Internacionales de Americanistas en los que participó Jiménez de la Espada. Mediante el seguimiento de esos debates e intercambios se pueden reconstruir tanto las estrategias de cooperación que animaron a esos estudiosos para construir una disciplina, como las pugnas en las que se vieron envueltos en su afán por obtener la prioridad en ciertos hallazgos científicos, que en su caso se concretaba en la «búsqueda y captura» de manuscritos inéditos que daban cuenta de aspectos desconocidos del pasado americano.

Precisamente acerca de uno de esos americanistas europeos con los que se relacionó Jiménez de la Espada —el británico sir Clements R. Markham— fija su atención Juan VILLARÍAS. En su contribución —que contiene a modo de apéndice la bibliografía americanista de ese relevante peruanista— se subraya cómo ese «gentleman», además de ser un agente del imperio británico, fue el americanista más influyente en lengua inglesa en la segunda mitad del siglo XIX y primeras décadas del XX, gracias a sus estudios sobre el Perú prehispánico y protocolonial en los que siguió la estela trazada en esas investigaciones

por el norteamericano William Prescott. Pero las aportaciones de Markham al conocimiento de la civilización andina son valoradas en este texto a la luz de una comparación con las de su coetáneo Marcos Jiménez de la Espada, y con figuras de la generación siguiente como Max Uhle y Heinrich Cunow. A lo largo de su larga y prolífica vida profesional, Markham fue testigo de grandes transformaciones en el desarrollo de los estudios andinos, contribuyendo él mismo a ellas. Sin embargo, mantuvo consistentemente desde su juventud su convicción de que el Perú incaico había sido una civilización admirable, de rasgos socialistas y hasta utópicos, y que la conquista española significó una involución histórica. Este posicionamiento ideológico, que condicionó su obra como traductor y editor de fuentes, debía mucho a su nacionalismo, contrapuesto al del español Jiménez de la Espada. Este se mostraría por su parte interesado en recuperar y difundir una imagen «civilizada» del pasado americano de España, contrapuesta a los aspectos sombríos de la «leyenda negra», por lo que para justificar el fenómeno de la violencia de la conquista se vio obligado a presentar una imagen poco amable del imperio inca, y a subrayar cómo esa etapa de dominio inca en los Andes representaba una etapa cultural que tenía que ser superada por otros aportes civilizatorios. Estos planteamientos de ese americanista español serían desarrollados más sistemáticamente por los evolucionistas Cunow y Uhle.

Finalmente este primer bloque de contribuciones sobre los objetos, actores y lugares que permitieron construir el campo del americanismo científico se cierra con la aportación de Ana Verde y Leticia Ariadna Martínez. Estas autoras intentan iluminar en su texto los cambios que se llevaron a cabo en las representaciones culturales de América durante la segunda mitad del siglo xix, debido al impulso que experimentó en esa época el conocimiento tanto del pasado de ese continente, como de su diversidad cultural. Para cumplir ese objetivo revisan los diferentes criterios subyacentes en la organización de tres exposiciones decimonónicas de índole americanista que se celebraron en Madrid a lo largo de ese período de tiempo, como fueron: la exposición de las colecciones de la Comisión Científica del Pacífico que se inauguró en el Jardín Botánico de Madrid el 15 de mayo de 1866, la exposición americanista de 1881 que se celebró con motivo del IV Congreso internacional de Americanistas, y la exposición histórico-americana de 1892 organizada en el marco del programa conmemorativo del IV Centenario del Descubrimiento de América. Ese análisis comparado permite a las autoras hacer hincapié en los distintos elementos, de carácter ideológico y metodológico, que incidieron en el surgimiento y desarrollo histórico de la disciplina que se especializó en generar un saber acerca

de América, cual fue el caso del americanismo. En el desarrollo de este saber, los objetos arqueológicos y etnográficos desempeñaron un papel importante y cambiante, y fueron a la búsqueda de un público, como se intenta mostrar en la presentación comparada de las mencionadas exposiciones. En 1866 los materiales expuestos eran aún sobre todo objetos de «curiosidad» sobre pueblos exóticos para el público. En 1881 el objeto ya adquirió un estatuto científico pero su visión quedó circunscrita fundamentalmente a los integrantes de la incipiente comunidad internacional de americanistas. Fue en 1892 cuando se produjo un cambio de perspectiva y esos objetos pasaron a ser además de objetos de estudio materiales de instrucción para el público y elementos de delimitación cultural. La exhibición de objetos americanos buscó entonces trascender el círculo erudito. El encuentro con el público se revelaba así como un instrumento eficaz para consolidar la incipiente disciplina del americanismo.

La segunda parte del libro está formada por otras seis contribuciones en las que se analizan el carácter multidisciplinar y transnacional de ese campo científico, y se presta una particular atención a las redes de comunicación que desplegaron algunos de esos pioneros del americanismo científico contemporáneo para hacer circular objetos, ideas y prácticas de trabajo. En concreto cuatro de esas aportaciones se concentran en aspectos diversos de la relación que tuvo ese incipiente americanismo «científico» contemporáneo con el desarrollo de una de las ciencias humanas que eclosionó a lo largo del siglo XIX como fue la Antropología.

Así, Jesús BUSTAMANTE afronta en su trabajo la tarea de abordar la interrelación que se ha producido entre la evolución de lo que es actualmente el magnífico Museo Nacional de Antropología de México y los procesos de institucionalización de las Ciencias Humanas y Sociales, especialmente de la Antropología. Para abordar ese desafío usa una triple estrategia. Por una parte reconstruye el complejo tránsito que tuvo el Museo Nacional de México desde cuando era un centro enciclopédico, que abarcaba las antigüedades, el arte y la Historia Natural, hasta que se convirtió en una institución de prestigio internacional especializada en la antropología y la arqueología americanas. Por otro lado da cuenta de cómo en ese proceso dos congresos internacionales de Americanistas celebrados en México, el XI celebrado en 1895 —que fue el primero que se llevó a cabo en suelo americano— y el XVII, de 1910, desempeñaron un papel decisivo como mecanismos de fijación y legitimación institucional, por el reconocimiento científico que aportaron y por las redes internacionales en las que la institución quedó inscrita. Y finalmente trata de explicar la paradoja de cómo un Museo Nacional pudo transformarse sin rup-

turas lógicas en un Museo Antropológico al considerar que en el caso mexicano, al igual que pudo suceder en otros países de la América Latina, la dimensión «nacionalista» de la Antropología prevaleció sobre su uso como instrumento colonial.

Por su parte Mónica Quijada explica en su contribución cómo en las décadas de 1860 y 1870 aparecieron una serie de revistas científicas dedicadas a cuestiones antropológicas, como manifestación visible de la consolidación de esa nueva disciplina que se preocupaba fundamentalmente por la cuestión de los orígenes de la humanidad, y por el estudio de la constitución física de las diversas poblaciones y su distribución en el espacio. Las tres más importantes, por la calidad de sus contenidos y por la amplitud de su proyección internacional, fueron el *Journal of the Anthropological Institute* de Londres, fundado en 1869; la *Revue d'Anthropologie* de París, fundada en 1872, y el *Zeitschrift für Ethnologie*, también creado en 1872, vinculadas cada una de ellas a relevantes sociedades científicas, el *Royal Anthropological Institute of Great Britain and Ireland*, nacido en 1871, la *Société d'Anthropologie* de 1872 y la *Deutsche Gesellschaft für Ethnologie, Anthropologie und Urgeschichte* de 1869. Pues bien el objetivo concreto del trabajo de Mónica Quijada es el de evaluar la presencia del tema latinoamericano en la primera década de la existencia de esas revistas con una doble finalidad: para aquilatar la presencia de América Latina como objeto de estudio y determinar el interés de los científicos europeos en los temas procedentes de ese ámbito geográfico; y para definir la propia presencia, en esos instrumentos de conocimiento, de la ciencia antropológica que se hacía en América Latina. Esa doble aproximación hace posible constatar que a pesar de que en esa década temprana, simultánea al nacimiento de los congresos internacionales de americanistas, la presencia de la América Latina en esas revistas no fue particularmente amplia, sí puede considerarse que fue significativa desde una perspectiva cualitativa por diversas razones, entre las que cabe destacar dos de ellas. La ciencia antropológica empezó a cultivarse con un creciente interés en diversos países latinoamericanos, y científicos latinoamericanos se incorporaron desde su región a los grandes debates internacionales antropológicos hasta tal punto que algunos antropólogos sudamericanos, como los argentinos Francisco Moreno y Florentino Ameghino, se integraron en el *mainstream* de la nueva disciplina.

Ese interés que tuvieron los antropólogos europeos por cuestiones relacionadas con la América Latina es abordado también por Sandra Rebok, quien se centra en el estudio de los actores y lugares que en Alemania cultivaron lo que en el ámbito cultural germanófono se denomina «Amerikanistik», al

hilo de la constitución de la antropología como ciencia académica. Para dar cuenta de ese proceso se presentan en primer lugar los condicionantes de la investigación antropológica alemana, entre los que se distinguen el marco político-histórico, el marco institucional y las corrientes teóricas que atravesaron la disciplina, las cuales marcaron a los investigadores orientando los contenidos de sus intereses científicos y los enfoques a sus objetos de estudio. Luego se analizan los métodos, y los problemas y respuestas dadas a los interrogantes que se plantearon los antropólogos y americanistas alemanes en sus investigaciones acerca de la historia antigua y las culturas nativas de la América Latina. Y finalmente se ofrecen ejemplos diversos de las actividades de algunos de los más importantes americanistas alemanes del siglo XIX, como Adolf Bastian, y del gozne entre los siglos XIX y XX como Eduard Seler, Paul Ehrenreich, Theodor Koch-Grünberg o Karl von den Steinen, evaluando los resultados de sus trabajos y sus vinculaciones con los museos, entre los que cabe destacar el Museum für Völkerkunde de Berlín. Estas instituciones son presentadas no sólo como lugares donde se reunían las colecciones antropológicas y arqueológicas procedentes de las expediciones efectuadas por científicos alemanes a países americanos, sino también como laboratorios donde se llevaba a cabo en el día a día la investigación «americanística».

Pilar Romero de Tejada analiza, por su parte, la cuestión del desarrollo de la disciplina de la antropología en la España de la segunda mitad del siglo XIX y primer cuarto del siglo XX a través del estudio de las relaciones que entablaron los primeros antropólogos españoles con sus homólogos franceses, y da cuenta de la orientación americanista que tuvo el Museo Nacional de Antropología, principal *locus* institucional en el que desarrollaron su labor tales antropólogos. Ya en la fase fundacional de la institucionalización de la antropología en España, que cristalizó con la creación de una Sociedad Antropológica en 1865, las relaciones entre Pedro González de Velasco, principal animador de esa sociedad, y el médico francés Paul Broca, fundador en 1859 de la Société d'Anthropologie y uno de los más prestigiosos antropólogos europeos, fueron fluidas. Pero cabe afirmar que esos contactos entre antropólogos españoles y franceses fueron aún más intensos en el medio siglo que media entre 1875 y 1925, época en la que diversos antropólogos españoles realizaron cursos de perfeccionamiento en París, y en la que colegas franceses efectuaron diversos trabajos de campo en territorio español. Así en esa época Manuel Antón, primer catedrático de Antropología en la Facultad de Ciencias de la Universidad de Madrid, así como sus discípulos Luis de Hoyos y Telesforo Aranzadi man-

tuvieron relaciones estrechas con sus colegas René Vernau y Émile Cartailhac, no exentas de tensiones, como se aprecia en la correspondencia cruzada entre unos y otros. Pero además de insertarse en las redes europeas creadas por los antropólogos franceses los antropólogos españoles y las instituciones en las que trabajaron mantuvieron un vivo y continuado interés por el estudio de las culturas americanas, como lo prueba por ejemplo la tesis doctoral de Luis de Hoyos y Sainz sobre los cráneos deformados andinos que recolectó en tierras sudamericanas el antropólogo de la Comisión Científica del Pacífico Manuel Almagro. Ese interés americanista del Museo Nacional de Antropología perviviría a lo largo del siglo XX como lo muestran las investigaciones efectuadas por sus sucesivos directores, y la importancia que han tenido en el desarrollo del americanismo actual las actividades que llevó a cabo en ese Museo la Escuela Iberoamericana de Antropología entre 1965 y 1968.

Las dos últimas contribuciones del volumen, debidas respectivamente a Fermín del Pino y Leoncio López-Ocón, inciden en el carácter híbrido y cosmopolita que caracterizó en sus orígenes a la comunidad internacional de americanistas que se formó en el último cuarto del siglo XIX al hilo del desenvolvimiento de los congresos internacionales de americanistas. En efecto, en esos congresos se congregaron cultivadores de saberes humanísticos clásicos como la historia y la filología con naturalistas y antropólogos que aspiraban a hacer una historia natural de la humanidad. Del Pino, en su contribución, además de reflexionar sobre las características del americanismo hispano de la época de la Restauración, subraya ese carácter binomial histórico-natural del americanismo al fijarse en el carácter disciplinarmente «anfibio» de la dedicación científica de Jiménez de la Espada, el más notable americanista español de ese tiempo. Y sugiere además, realizando una comparación con la obra de ciertos americanistas franceses como Ernest-Théodore Hamy, que la conjunción del uso de métodos de las ciencias naturales y humanas que se manifiesta en el enfoque americanista de Espada, tal vez es una manifestación «idiosincrásica» de las investigaciones sobre las antiguas culturas del Nuevo Mundo, muy deudoras del género historiográfico de las «historias naturales y morales». López-Ocón, por su parte, muestra cómo Jiménez de la Espada se comprometió con la construcción del americanismo como saber autónomo participando activamente en diversos congresos internacionales de americanistas en la larga década que medió entre 1879 y 1890 y explica brevemente la cartografía y tipología de la red bicontinental que alimentó ese científico para sostener su programa de investigaciones mediante una somera presentación de la correspondencia digitalizada de su archivo, accesible a los internautas a tra-

vés de una doble vía: mediante el portal que se ha construido sobre las colecciones documentales y científicas de la Comisión Científica del Pacífico en www.pacifico.csic.es o a través del catálogo informatizado de los archivos del CSIC en www.csic.es/cbic/archivos/Archivos.htm. Y finalmente, basándose en el caso de Jiménez de la Espada, llama la atención sobre el papel desempeñado por diversos naturalistas historiadores en la construcción del americanismo como campo científico al elaborar un discurso híbrido en el que combinaron sus conocimientos procedentes de las ciencias naturales con el estudio de textos antiguos. Esta práctica textual fue más importante en el trabajo de los naturalistas del siglo XIX, de lo que la historiografía ha dado a entender.

Ciertamente el conjunto de estas contribuciones no agota todas las cuestiones relacionadas con la génesis y la genealogía del americanismo como campo científico. Quedan por examinar más en detalle cuestiones tales como el análisis más profundo de la coexistencia de diversos estilos de pensamiento en el seno de esos «americanistas» decimonónicos, basados en diferencias ideológicas, adscripciones nacionales, o tradiciones disciplinares de las que procedían. Pues, tal y como se deduce de algunos de los textos aquí presentados, parecerían coexistir en el seno de esos americanistas, según se planteó no hace mucho (Taylor 1996: 632), un grupo de idealistas anti-empiristas, predominantes entre los integrantes franceses de la Société Américaine, y de empiristas que tenían la ambición de unificar las ciencias naturales y las sociales para crear una «historia natural de la humanidad», predominantes en el ámbito alemán. Asimismo convendría haber prestado más atención al desarrollo de ese americanismo en otras áreas europeas, como la escandinava, sobre cuya importancia en las primeras décadas del siglo XX se ha llamado la atención recientemente (Muñoz 2003), o profundizar más en importantes figuras de ese americanismo europeo como fue Max Uhle, de cuyo legado existente en el Ibero-Amerikanisches Institut Preußischer Kulturbesitz de Berlín ha empezado a hacerse un catálogo informatizado en www.iai.spk-berlin.de/biblioth/nachl/uhle/frameuhled.htm.

De todas maneras este libro ha de ser contemplado como un punto de partida, y como una propuesta incitadora, para que quienes se interesen en los mecanismos de creación de un campo científico, como fue el americanismo en el último cuarto del siglo XIX, dispongan de nuevos instrumentos de análisis y de mejores conocimientos. Precisamente en este momento histórico los mismos americanistas manifiestan afán por conocer los momentos fundacionales, y el desarrollo histórico, de su disciplina, ya que el comité

permanente de los congresos internacionales de americanistas con motivo de la celebración del 50 Congreso Internacional de Americanistas en Varsovia en el año 2000 hizo un llamamiento a la creación de un archivo en el que se depositase toda la documentación relacionada con esos congresos, que tendría su ubicación en Sevilla en la Escuela de Estudios Hispano-Americanos del CSIC. Esa ciudad será precisamente sede en el año 2006 del 52 Congreso Internacional de Americanistas, en el que se seguirá promoviendo el estudio histórico y científico de las Américas y sus habitantes, como hicieron aquellos pioneros americanistas del siglo XIX presentes en estas páginas, quienes al convocar el primero de esos congresos en 1875 no podían imaginar que su convocatoria tendría tan larga vigencia.

Esta obra, como cualquier empresa humana, ha sido el resultado de muchos esfuerzos. Los editores quieren expresar su reconocimiento a todos los colegas que han participado en ella, procedentes de organismos públicos de investigación europeos como el CSIC y el CNRS, o de museos españoles y franceses, como el Museo de América, el Museo Nacional de Antropología, el Museo del Louvre, o el Musée d'Orsay; y también a todas las instituciones que ayudaron a financiar y organizar el coloquio, del que surgió este libro, como: la acción integrada HF2001/10/156 del Ministerio de Ciencia y Tecnología de España y el Programme d'actions integrées (PAI) Picasso de EGIDE del Ministerio de Asuntos Exteriores de Francia, los proyectos de investigación PB02001-2341 y TIC 2000-0168-P4-04 subvencionados por el Ministerio de Ciencia y Tecnología de España, la Casa de Velázquez, la Subdirección General de Relaciones Internacionales del CSIC, y la Asociación de Amigos del Museo de América, institución que brindó todo tipo de apoyos para la celebración de ese evento académico.

Asimismo desean manifestar su agradecimiento a quienes han financiado la edición de este volumen: los responsables de la Dirección General de Cooperación y Comunicación Cultural del Ministerio de Cultura de España, y del Programme International de Cooperation Scientifique del CNRS de Francia. Y finalmente desean hacer constar su gratitud a Klaus D. Vervuert y a Juan Carlos García Cabrera, quienes con su interés por esta iniciativa editorial y con su cuidadoso trabajo han dado forma a este libro que sale a la plaza pública en busca de atentos lectores.

Bibliografía

Muñoz, Adriana (2003): «La formación de las colecciones arqueológicas sudamericanas en Göteborg. El período de Erland Nordenskölds». En: *Anales del Museo de América*, 11, pp. 237-252.

Taylor, Anne-Christine (1996): «Une ethnologie sans primitifs. Questions sur l'américanisme des basses terres». En: Gruzinski, Serge/Wachtel, Nathan (dirs.): *Le Nouveau Monde. Mondes Nouveaux. L'expérience américaine*. Paris: Éditions Recherche sur les Civilisations, pp. 623-642.